

JUAN BASSEGODA NONELL

Memoria
sobre el estado de la Catedral nueva
de Cádiz y sobre las posibilidades y
métodos de restauración

Datos históricos que facilitan la comprensión del estado actual de la catedral gaditana.

Al final de esta memoria se relaciona la bibliografía fundamental para el conocimiento y estudio de la catedral nueva de Cádiz, si bien los libros que mejores y más útiles datos proporcionan son los de Javier de Urrutia, Eugenio Llaguno y Juan Agustín Ceán, Antonio Ponz, Pablo Gutiérrez y Pascual Madoz.

Del estudio de dichos textos se infiere que el primer arquitecto de la catedral de Cádiz fue don Vicente Acero y Arebo, maestro mayor de la de Jaén en 1714¹ y, aun cuando el 3 de julio de 1716 estaba ya a punto de colocar la primera piedra², los planos de Acero, que se conservan en el Archivo Capitular, llevan fecha de 1725, autenticados, por carecer de firma, con un certificado de 31 de enero de 1788 que se lee en el dorso de la planta, sección y alzado lateral³.

En 1717 se creó una legacía que debía ponerse de acuerdo con los diputados de la ciudad⁴, ya que ésta contribuyó siempre y de modo generoso a la edificación. El 24 de abril de 1718 consta que se libraron cien mil ducados para este fin⁵.

Entre 1719 y 1721 el cabildo redimió censos y adquirió casas en el lugar de la proyectada catedral⁶.

En 1720 Vicente Acero se encontraba trabajando en la catedral de Guadix⁷, pero debía ya ocuparse de la de Cádiz puesto que

-
1. Pablo Gutiérrez Moreno, *Archivo Español de Arte*. 1928.
 2. Javier de Urrutia, *Descripción... de la catedral de Cádiz*. 1843.
 3. P. Gutiérrez, *op. cit.*
 4. J. Urrutia, *op. cit.*
 5. *Ibid.*
 6. *Ibid.*
 7. P. Gutiérrez, *op. cit.*

en 1721 una de las versiones de su proyecto era elegida por dictamen favorable de don Francisco del Orbe, maestro de matemáticas de Guardias Marinas⁸, al tiempo que trazaba la fachada principal de la catedral de Málaga, que dejó dibujada en 1722⁹.

Las obras se iniciaron, bajo la dirección de Acero, según unos el 14 de enero de 1722¹⁰, y según otros, probablemente mejor informados, el 3 de mayo, festividad de la Santa Cruz, advocación de la Seo gaditana¹¹.

El proyecto de Acero, inspirado en las magistrales obras plate-rescas de Diego de Siloee en Granada, Málaga y Guadix, era, sin embargo, muy barroco, muy movido y extraordinariamente lleno de ornamentación.

De esta catedral se ha dicho¹² que era obra de los arquitectos "gerigoncistas salmanticenses", que la habían hecho "mezquina, ridícula y embrollada", y, según otros¹³, que era el "promontorio de mármol más extravagante y desconcertado, no habiendo otra solución que demolerla hasta los cimientos".

Esto llegó a decirse a pesar de que todos los sucesores de Acero hicieron lo imposible por simplificar las trazas.

Son estos juicios de escritores neoclásicos que por su propio apasionamiento carecen de fuerza y sólo demuestran una supina incompreensión de la historia de la evolución de los estilos arquitectónicos.

Sólo siete años duró la dirección de Acero en Cádiz, pues en 1729 hubo una fuerte discusión con el Cabildo acerca del modo de cimentar el muro de fachada y la torre de Poniente.

Por entonces estaban listos los cimientos, la cripta y las capillas subterráneas, que forman la parte que cabe atribuir ciertamente a Vicente Acero, cuyo saber quedó sobradamente acreditado con la ejecución de la difícil bóveda plana de la cripta.

El Cabildo no estaba conforme con la solución de poner tiradillas o zunchos de hierro en los pilotes o estacas del cimiento¹⁴.

La expresión tiradillas es algo jocosa pues actualmente significa calzoncillos, pero en el siglo XVIII se usaba tal voz para designar

8. J. Urrutia, *op. cit.*

9. P. Gutiérrez, *op. cit.*

10. Antonio Ponz, *Viage de España*. 1794, y E. Llaguno, *Noticia de Arq.* 1829.

11. Pascual Madoz, *Diccionario Geográfico*. 1846, y J. Urrutia, *op. cit.*

12. E. Llaguno, *op. cit.*

13. A. Ponz, *op. cit.*

14. J. Urrutia, *op. cit.*

unos flejes de acero que apretaban y unían entre sí las estacas que, a golpe de martinete, se hundían en los terrenos fangosos.

Se pidió informe a una comisión de expertos que, entre 1729 y 1730, dictaminó sobre los cimientos y también sobre la doble cúpula proyectada por Acero. Entre los expertos figuraban Pedro de Ribera, que se mostró contrario a la cúpula; Leonardo de Figueroe, que expresó temores ante la altura excesiva del domo, batido por los vientos de Levante, y Gaspar Cayón, maestro mayor de la catedral de Guadix, quien propuso reducir la altura de la cúpula.

Además aconsejaron que los cimientos se hicieran a la romana, es decir, profundizando lo más posible bajo la superficie del agua por ser el terreno fluido y fangoso.

Denunciaban el peligro de los golpes de martinete y pedían que el cimiento se hiciera con derretidos de cal y piedra bien mamposteada ¹⁵.

Otro informe, fechado el 12 de julio de 1730 y suscrito por el maestro mayor de la catedral de Jaén, daba por buenas las fachadas ideadas por Acero pero insistía en no usar tiradillas en los cimientos.

Vicente Acero, indignado, abandonó la dirección de las obras.

En el mismo año fue nombrado maestro mayor Gaspar Cayón, que ejercía igual cargo en la catedral de Guadix, con licencia del Cabildo para seguir allí, delegando en su hermano José para que actuara de Aparejador en Cádiz ¹⁶.

Gracias a las nuevas aportaciones de la ciudad las obras avanzaron bastante entre 1730 y 1751, año en que falleció José Cayón, sucediéndole su hijo Torcuato, nombrado Aparejador por el Cabildo el 13 de julio de 1753 ¹⁷.

Torcuato Cayón se quejó de las dificultades que suponía abastecerse de piedra de Antequera, dada la falta de bueyes para el transporte, y señalaba que era necesario el uso de material distinto de cornisa para arriba ¹⁸, lo cual indica que, en aquel punto, la obra había alcanzado ya la altura del primer entablamento.

En 1757 Gaspar Cayón, autor de lo que va de nivel de cimientos hasta la primera cornisa, decía que dada su edad, 72 años, y los 26 que al servicio de la catedral llevaba, bien merecía el premio de una jubilación remunerada.

15. Ibid.

16. Ibid.

17. Ibid.

18. Ibid.

Dos años más tarde se proponía que fuera Torcuato Cayón quien sustituyera a su anciano tío, que falleció entre 1762 y 1767¹⁹.

Torcuato Cayón de la Vega, nacido en Cádiz en 1727, descendiente de una familia de arquitectos procedentes del valle de Cayón, en la Montaña de Santander, fue el nuevo maestro mayor.

Fundó en Cádiz una Escuela de Dibujo en la que formó a su sobrino José Torcuato de Benjumea y a Miguel Olivares. Falleció en 1782 o 1784, que también sobre eso difieren los autores²⁰.

Fue un hábil tallista de piedra y a él se debe la contramuralla reconstruida al caer la antigua en 1765 a causa de un golpe de mar, así como el orden superior y las bóvedas de la catedral.

En 1770 escribió un informe sobre el estado del edificio, quejándose de su ubicación junto al mar, en lugar donde las olas al romper producen nubes de agua que atacan los muros. Obra suya fue el aplacado de mármol del ábside con idea protectora.

Se quejaba de la ostentosa y atrevida cornisa, cuyos adornos, así como los de los arcos y frisos, aconsejaba suprimir.

Decía que toda la iglesia era de mármol de Génova, hasta los capiteles, y que este mármol con el salitre toma color de hierro mohoso.

Añadía que la variedad de piedras utilizadas en la fábrica producía un raro efecto cromático.

En la fachada principal suprimió el tercer orden proyectado por Acero, sustituyéndolo por un frontispicio a modo de hornacina²².

En 1772 estaban abovedadas las naves laterales hasta su mitad y en la central o mayor faltaba la cúpula y el tramo o capilla del trascoro.

En 1773 el propio Torcuato Cayón decía que se precisarían al menos seis años para cubrir aguas totalmente.

En 1782²³ o el 14 de enero de 1784²⁴ falleció Torcuato Cayón. En este año se colocó la clave del segundo tramo de la bóveda mayor.

Al fallecer Cayón fue ocupado el puesto por su discípulo Miguel Olivares y Guerrero, que hizo otro de los tramos de la nave mayor y los dos del crucero, terminando la fachada principal y las torres

19. Ibid.

20. E. Llaguno, *op. cit.*

21. Ibid.

22. P. Madoz, *op. cit.*, y A. Ponz, *op. cit.*

23. J. Urrutia, *op. cit.*

24. E. Llaguno, *op. cit.*

hasta altura de balustres, según el proyecto de Cayón, a pesar de las discusiones habidas y a la opinión de una nueva comisión de expertos que se opuso a ello ²⁵.

En 1787 intervino el arquitecto catalán José Prats (Barcelona, 1726 - Cádiz, 1790) con título de San Fernando de 6 de mayo de 1774, autor de la capilla de Santa Tecla de la catedral de Tarragona, donde hizo un profuso empleo de aplacados de mármol, igual que en Cádiz se hiciera.

Prats discutió mucho con Olivares, al que acusaba de carecer de título académico, y cuando éste lo alcanzó el 15 de mayo de 1787 se permitió la displicencia de llamarle "el maestro bisoño". La verdad es que José Prats hizo solamente las pechinas de la cúpula.

En 1789 fue nombrado arquitecto de la catedral el madrileño don Manuel Machuca y Vargas (1750-1799) ²⁶, que informó sobre el curso de las obras y dejó a Olivares como director de la construcción.

En 1794 quedaron los trabajos paralizados y en 1806 Torcuato José de Benjumea, sobrino del último Cayón, redactó un informe, lleno de negros presagios, en el que decía que la proximidad del mar, las repetidas lluvias y los recios vientos actuando sobre la fábrica, que no había quedado cerrada por falta de cúpula y del último tramo de la bóveda mayor, se hacían notar cada día con terribles efectos, debilitando la solidez de la obra y destruyendo los nobles materiales que la constituían.

Además la catedral había sido abyectamente destinada a depósito de pertrechos de guerra, almacén de madera y hasta a depósito de cadáveres ²⁷.

Así las cosas, el 6 de enero de 1832 se incendió la capilla de San Firmo, destinada a depósito de maderas, y se destruyó gran parte del moldurado marmóreo ²⁸.

El 10 de octubre de 1832 el arquitecto valenciano Juan Daura trabajaba en el nuevo proyecto de cúpula, tildado luego de engendro ²⁹, remataba la torre de poniente y comenzaba la sacristía.

La nueva cúpula, mucho más chata que todas las anteriormente proyectadas, se hizo de ladrillos grandes y revoco interior ³⁰.

25. J. Urrutia, *op. cit.*

26. E. Llaguno, *op. cit.*

27. J. Urrutia, *op. cit.*

28. J. Urrutia, *op. cit.*, y P. Madoz, *op. cit.*

29. P. Gutiérrez, *op. cit.*

30. P. Madoz, *op. cit.*

El 30 de julio de 1835 se cerraba la cúpula y el 24 de junio de 1838 estaba ya la catedral en disposición de ser inaugurada.

La consagración se hizo, solemnemente, los días 28 y 29 de noviembre de 1838, a los ciento diez y seis años de comenzadas las obras, lo que no es mucho si se compara con la homónima catedral de la Santa Cruz de Barcelona, iniciada en 1299 y concluida en 1913.

Sin embargo prosiguieron las obras y en 1843 se estaba concluyendo la sacristía mayor³¹. En 1853 se terminó el campanario de Levante o de la Epístola³².

Esta es, a grandes rasgos, la azarosa historia de la obra. Esta historia, junto con el aspecto actual de la fábrica y las descripciones antiguas, ha de servir de base a la propuesta de reparación de los males que la aquejan por causa de haber sido uniformemente construida de abajo a arriba, es decir, de cimientos a bóvedas en toda su extensión, en lugar de hacerlo por tramos cual fue práctica habitual de los maestros medievales.

Estructura y ornamentación de la catedral de Cádiz.

Del examen del edificio y de los textos descriptivos se obtienen muy útiles datos acerca de los materiales y modos de la ejecución de tan importante monumento.

Los cimientos se hicieron a la romana, contra el parecer de Vicente Acero, que utilizó, en la cabecera y muros laterales, por de pronto la antigua muralla, y luego el sistema de pilotaje con estacas de madera solidarizadas mediante tiradillas o zunchos de hierro.

Desde el punto de vista estructural la cimentación resultó sólida, ya que no se acusan asientos de consideración ni grietas escandalosas.

La catedral, por lo que a sus muros se refiere, se compone de un núcleo y dos recubrimientos.

El núcleo lo forma un espeso y sólido muro de sillería con piezas de conglomerado o toba caliza que en el lugar le dicen piedra cangrejera, de gran ligereza y muy resistente a los efectos externos.

Sobre esta base resistente hay sendos recubrimientos, exteriores e interiores.

31. J. Urrutia, *op. cit.*

32. P. Madoz, *op. cit.*

33. Pedro de Madrazo, *España. Sevilla y Cádiz*. 1884.

Los primeros se hicieron con piedra de mármol duro de Tarifa en la fachada sur o del ábside, en tanto que las laterales se aplacaron con zócalo de jaspe oscuro, mármol jaspe de Manilba en los paramentos y mármol de diversas procedencias en el entablamento. Hay zonas en que la toba caliza queda completamente al descubierto por no haberse realizado el doblado decorativo de la piedra.

La puerta principal está revestida de mármol de Manilba y de Arcos, en tanto que las laterales se forraron con mármol de Málaga.

El cascarón o nicho sobre la puerta principal es de piedra blanca de Estepa, que contrasta cromáticamente con la parte baja, mucho más oscura.

En el interior y hasta la altura de la primera cornisa está la iglesia forrada de un muro de mármol blanco que según algunos es de Génova y según otros de Antequera, o de Carrara.

Por encima del primer cornisamento, el segundo orden arquitectónico es de piedra blanca, caliza, de más fácil labra que el mármol, pero más delicada. De igual material se hicieron las bóvedas con excepción de la cúpula, que es de ladrillo revocado y estucado.

La Sacristía y la Sala Capitular, construidas al final de las obras por Juan Daura, son de mármol de Génova que se usó igualmente en algunos pavimentos. El examen de estas dependencias permite comprobar que el mármol fue usado en los lugares ornamentales pero no en los simplemente estructurales o de paramento.

En el presbiterio hay columnas de zócalo aplacado de mármol jaspe de Tortosa y las bases son de jaspe encarnado de Málaga.

Los capiteles, en toda la iglesia, son de mármol de Mijas y los zócalos del resto del templo de jaspe negro embutido de encarnado.

La capilla de San Firmo, incendiada en 1832, fue restaurada con un simple revoco de mortero de cemento inglés que en su época se definió como cemento romano y que debía ser cemento portland.

Daños producidos en la catedral.

El hecho de haber estado el interior expuesto al viento, la lluvia y el agua de mar por espacio de cuarenta y un años (1794-1835) hizo que resultara afectado el mármol del primer orden arquitectónico, que aparece deslucido y sin brillo.

El orden superpuesto aparece mucho más erosionado debido a la menor resistencia de la piedra caliza y al hecho de hallarse sometido,

en las partes septentrionales, a la acción directa del temporal húmedo del sur.

La cornisa entre ambos órdenes aparece bastante dañada al pie de los ventanales que, aún hoy, carecen casi por completo de cristales.

En este caso el daño es debido más a un proceso físico de erosión hídrica y eólica que a un proceso químico de descomposición.

A lo largo de las naves la cornisa se desarrolla con gran vuelo y finura de molduras, lo que ha ocasionado la caída de varios fragmentos por estar el material sometido a tensiones externas e internas superiores a su límite de resistencia.

Debe tenerse en cuenta que los cambios de temperatura en un mismo día en la ciudad de Cádiz pueden alcanzar fuertes diferencias, por lo que, al quedar prácticamente al aire libre la fina cornisa, se han producido bruscas contracciones y dilataciones que van más allá del límite del coeficiente de dilatación del material, lo que ha ocasionado fracturas y desprendimientos de fragmentos marmóreos.

Se observan algunas recomposiciones antiguas de pedazos caídos de la cornisa sustituidos con perfiles moldurados de madera que llaman vivamente la atención por la contrastada diferencia de color.

Las bóvedas, última parte construida de la iglesia, han soportado de modo diverso las inclemencias del tiempo.

En las alas del crucero no existió solería latericia hasta hace muy pocos años, por lo que la humedad de la lluvia y del mar penetró por la bóveda estructural porosa comenzando a empapar la bóveda decorativa del intradós, originando el proceso de sulfatación, tanto en las dovelas como en las llagas y tendeles de mortero de cal.

A causa de ello se desprende continuamente un fino polvo blanco y hasta fragmentos de hasta regular tamaño, tanto de piedra como de mortero de cal fraguado.

En el exterior aparece la lógica erosión por la acción directa del viento, la lluvia y la espuma marina, pero no existe proceso continuado de degradación y sólo puntos de aislado peligro.

Causas de los daños y gravedad de los mismos.

Son evidentemente, en primer lugar, las de orden físico referidas al esfuerzo eólico, a la lluvia y al agua de mar que atacaron ex-

terior e interiormente la iglesia de modo ininterrumpido desde sus inicios.

Igualmente existen, en segundo lugar, las causas de orden químico, por un proceso de descomposición de la piedra que lleva a la conversión del carbonato cálcico en sulfato cálcico, combinada con la acción agresiva del cloruro sódico del agua marina.

La gravedad de los daños tiene una escala de valores que va desde la erosión exterior, sin peligro inmediato, a la degradación superficial de mármoles y jaspes de los órdenes del primer piso en el interior, a las fracturas señaladas en la atrevida y fina cornisa y a la descomposición de la piedra de las bóvedas a causa de humedades permanentes.

Este último aspecto es el más grave y el que ha obligado a cerrar la catedral, pues la constante caída de fragmentos, a veces de regular tamaño, pudo ocasionar lesiones a quienes se movieran por las naves de la seo.

De la enumeración de los daños puede deducirse que el peligro mayor se halla en el interior de la catedral, si bien es peligroso para las personas y no tanto para el edificio, ya que el proceso de degradación, que podría llegar a borrar los relieves escultóricos de casetones, molduras y cornisas, afecta solamente al recubrimiento marmóreo o calizo de paramento e intradós de las bóvedas, pero no a la estructura resistente del edificio constituida por el aparejo de tobas calizas.

Modo de proceder aconsejable en el presente caso.

Precauciones previas.

Todo intento de reparación de los daños sufridos por las capas de revestimiento lítico de la catedral debe ir precedido de un proceso conducente a cercenar las causas que determinan las lesiones.

Siendo la humedad, la sal y los cambios de temperatura los agentes causantes de la degradación, sería necesario corregir sus intensidades y, en lo posible, evitarlos.

La humedad daña la catedral de Cádiz por tres conductos diferentes: Capilaridad desde los cimientos, aguas llovedizas que empan bóvedas que largo tiempo estuvieron faltas de protección, y agua de mar que penetra por los ventanales carentes de cerramiento eficaz.

Es por estas ventanas por donde alcanza el interior de las naves el cloruro sódico del agua marina.

En cuanto a los cambios de temperatura, actualmente son sensiblemente parecidos en el exterior y en el interior de la catedral, por falta de aislamiento térmico.

Por todo ello, debería actuarse del modo siguiente: Dado que la iglesia dispone de una amplia cripta debajo de la cabecera y presbiterio, podría considerarse la posibilidad de cortar la humedad por capilaridad con la colocación de juntas impermeables bituminosas en los puntos donde se detecte mayor fluidez de capilaridad, puntos que corresponden a los lugares más cercanos al mar, que es donde se halla la cripta que, de por sí, es ya un buen aislante.

Es esta una operación laboriosa y entretenida pero nunca difícil ni comprometida, y, de realizarse, eliminaría las degradaciones de los zócalos negruzcos de las columnas del Sagrario.

Debe procederse inmediatamente al acristalamiento de las ventanas colocando, tal como está previsto, dobles cristalerías con el fin de crear un cámara de aire aislante. De esta forma se conseguiría evitar la entrada de la humedad, la sal y crear la necesaria homogeneidad termométrica en el interior de la catedral, excluyendo las bruscas caídas y ascensos de la temperatura que originan fracturas en las piezas más delicadas del mármol labrado al superarse su coeficiente de dilatación.

Además debería comprobarse, y en su caso lograrse, la estanqueidad de las solerías de cubierta mediante la formación de tableros con suficiente pendiente y con intercalado de capas impermeables. Si ello fuera posible sería muy aconsejable la solución de cubierta con teja árabe que preserva de la humedad de modo simple y económico.

Además, y una vez cerradas las ventanas, debería establecerse un control de la humedad interna para mantenerla en su justo punto con la renovación forzada de aire.

Cuidados a seguir con las piedras del monumento.

Una vez conseguida una estanqueidad relativa pero segura, debería procederse al tratamiento de las distintas clases de piedra que forman el variopinto muestrario lítico de la seo gaditana.

Por de pronto debería rascarse la torpe restauración por revoco con cemento realizada en la capilla de San Firmo e inmediaciones,

después del incendio de 1832, ya que tal solución es ineficaz y el revoco se desprende de por sí en algunos de los paramentos sobre los que en su día se aplicó.

En los muros de aplacado de mármol, llamado de Génova por algunos o de Carrara por Schubert, de momento debería procederse a una simple limpieza con cepillo para desprender el polvo procedente de la descomposición del carbonato cálcico. Al no persistir las condiciones de humedad el proceso se interrumpirá o se atenuará notablemente por lo que, al poco tiempo, podría procederse a un ligero pulido de las superficies para recuperar el originario brillo.

Por lo que se refiere a la cornisa del primer orden debería recorrerse detenidamente localizando las líneas de fractura existentes en las delgadas molduras extremas.

Para evitar nuevos desprendimientos y fracturas sería necesario establecer una lámina superior de metal inoxidable, preferiblemente aluminio, solidariamente unida a la cara superior e invisible de la cornisa mediante adhesivos de gran potencia como puede ser el poliuretano y sus derivados. Esta delgada lámina debería tener múltiples puntos de sujeción al muro y podría teñirse del color del mármol, por lo que sería invisible, impidiendo además los desprendimientos en el extremo del vuelo del cornisamento que es, lógicamente, el más débil. Igualmente podrían suplementarse previamente las partes caídas uniéndolas con aplicaciones de hidróxido bórico y polvo de mármol.

En los puntos más seriamente dañados debería desmontarse, serrándola, la parte de cornisa descompuesta, dándole forma de cuña para que encuentre asiento en el resto de la cornisa a modo de dovela de arco adintelado.

Por lo que respecta al orden superior y a las bóvedas, deberán limpiarse cuidadosamente las partes dañadas dejando a la vista la piedra sana y sin señales de descomposición. Una vez desprendida la morbidez de la piedra, se hincan en su cuerpo una serie de barras de metal inoxidable sólidamente unidas a la masa lítica.

Sobre estas barras hincadas se hace un tejido de alambre igualmente inoxidable que, juntamente, formará la armadura de sujeción de un mortero de supercemento y arena o polvo de mármol, según los casos, que, estando en proceso de fraguado, puede ser moldeado mediante vaciados de silicón-caucho obtenidos de piezas iguales a las que se intenta reproducir, o bien por mano de escultor.

En los paramentos verticales la operación es muy simple, ya que

la parte a reparar es accesible mediante escalera o andamios sujetos al propio paramento.

En las bóvedas se exige el montaje de un tablero de tablonos sobre andamiaje de tubo metálico sobre el que puedan actuar los obreros especializados. Este andamio puede irse desplazando a medida que avanza el proceso de restauración.

En aquellas partes de la bóveda en que el aplacado de piedra decorativa haya sido dañado en todo su espesor, hecho que aún no se ha comprobado en ningún punto, la sujeción de los espárragos metálicos se puede hacer en la bóveda resistente, supliendo la totalidad del recubrimiento decorativo.

Una vez ejecutado el trabajo y fraguado el mortero se produce una total solidaridad entre piedra existente y piedra nueva, no se disminuyen las secciones ni grosores y se obtiene el color deseado, ya que este mortero admite el tinte del color que se desee e incluso la policromía.

Este proceso es perfectamente aplicable a todo el orden superior, a las bóvedas y a la sacristía y sala capitular, y garantizaría la indefinida conservación de la piedra subyacente ya que este supercemento no sufre a causa de la humedad y el salitre, como se ha podido comprobar en obras hechas muy cerca del mar e incluso al aire libre.

Se conseguiría con ello, además, reproducir mediante copia por molde o por mano de escultor, toda la parte decorativa del intradós de las bóvedas y paramentos internos del orden superior, restituyendo a la catedral de Cádiz su aspecto primero, con la salvedad de incluir en la restauración la gama de colores que la pátina del mármol denota al paso de los años.

Caso de parecer oportuna una prueba parcial de este procedimiento, por otra parte experimentado con éxito por el autor de esta memoria así como por otros arquitectos especialistas, podría realizarse en la antesala capitular, local que por tener muy próximo su acceso desde la calle podría ser visitado por los gaditanos y forasteros sin necesidad de correr el riesgo de penetrar en la actual catedral donde se producen los desprendimientos peligrosos.

Conclusión.

Los daños sufridos por la catedral de Cádiz en su parte interna

son considerables y ciertamente graves, por el peligro que entraña la caída constante de cascotes.

La adopción de una serie de medidas previas de protección, tampoco demasiado costosas ni de difícil realización, tales la reposición de cristalerías, aislamiento de azoteas y cubiertas, y corrección, en lo posible, de humedades capilares, diferencias bruscas de temperatura y presencia de agua de mar en el interior del templo, se podría proceder a la regeneración de la piedra del intradós de las bóvedas y muros del orden alto restituyendo a la catedral el aspecto que para ella pensaron sus varios arquitectos.

Con la recomposición de la delicada cornisa y la limpieza general de mármoles y jaspes, significaría una completa restauración de la catedral y la conclusión de unas obras que, si bien se saben iniciadas en 1722, no se hallan de hecho concluidas mientras subsista la actual situación de ruina parcial de elementos de revestimiento.

Apostilla final.

El pueblo gaditano, que conoce perfectamente el valor de su catedral, puesto que contribuyó tan fiel y abundantemente a su construcción, y que sabe su valor artístico reconocido por la Declaración de Monumento Histórico Artístico Nacional de 3 de junio de 1931, es consciente de que la llamada, con razón, catedral de las Américas, bien merece una cuidadosa restauración que constituiría uno de los más queridos anhelos de toda la ciudad.

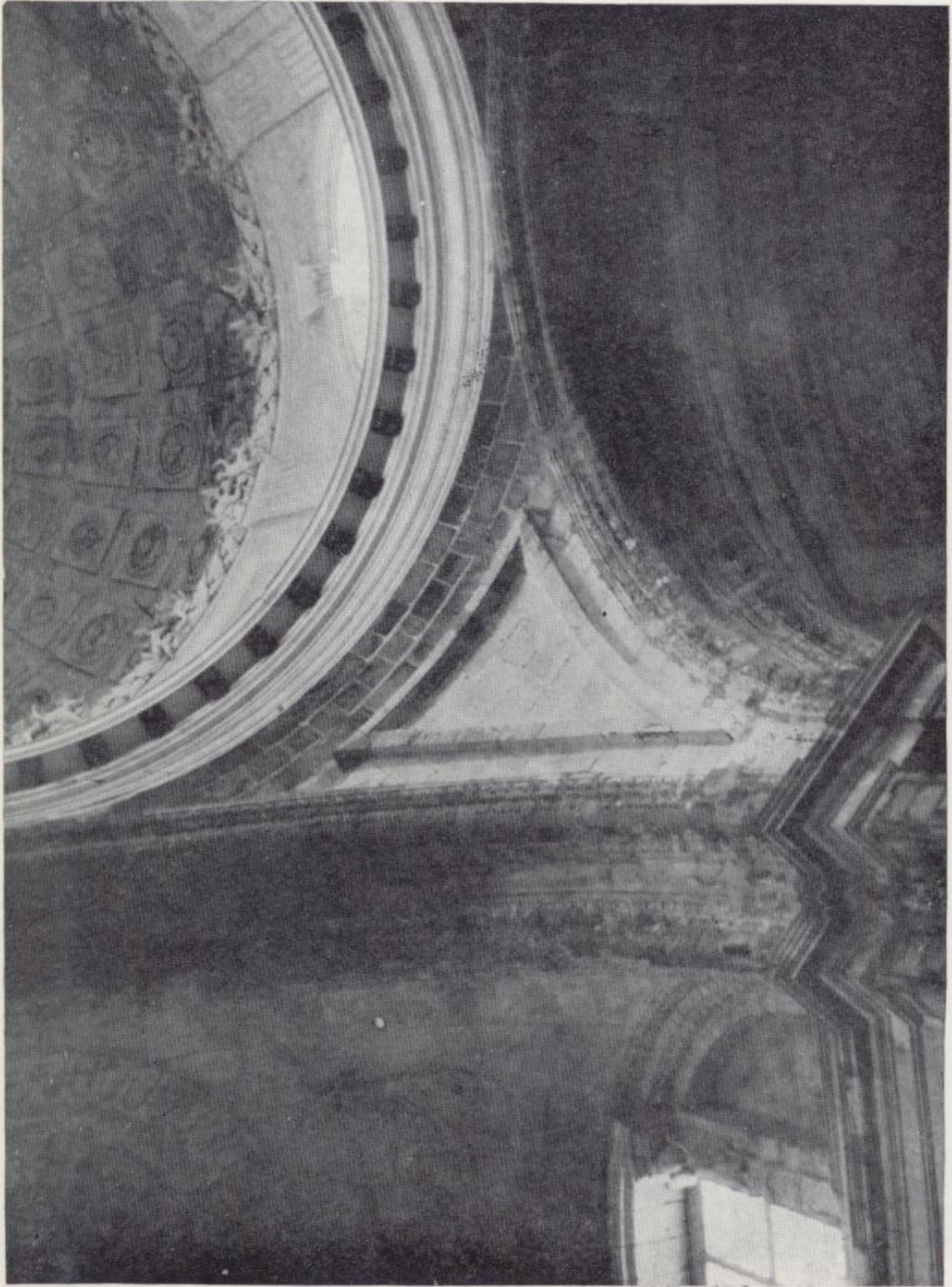
Tan justa aspiración, posible en la actualidad con la utilización de las técnicas más arriba referidas, merece verse cumplida, y todo ello en un plazo dependiente siempre del factor económico, pero que es posible alcanzar en algo más de dos años de trabajo continuado.

JUAN BASSEGODA NONELL

BIBLIOGRAFIA

- Antonio Ponz: *Viage de España*. Tomo XVII. Carta VII. Madrid, 1792.
- Alexandre de Laborde: *Voyage Pittoresque et historique de l'Espagne*. 4 Vols. París, 1806-1820.
- Conde de Maule: *Viaje de España, Italia y Francia*. Vol. XII. Cádiz, 1812.
- Eugenio Llaguno Amfrola y Juan Agustín Ceán Bermúdez: *Noticia de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*. Imprenta Real. Madrid, 1829.
- Javier de Urrutia: *Descripción histórico-artística de la catedral de Cádiz*. Imprenta de la Revista Médica. Cádiz, 1843.
- José Nicolás Enrile: *Paseo histórico-artístico por Cádiz*. Cádiz, 1843.
- Pascual Madoz: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones*. Madrid, 1846-1849 (16 vols.).
- Agustín de Horozco: *Historia de la ciudad de Cádiz*. Cádiz, 1845.
- Adolfo de Castro: *Historia de Cádiz y de su Provincia*. Cádiz, 1845 (2.ª ed. 1858).
- José Caveda: *Ensayo histórico sobre diversos géneros de arquitectura empleada en España desde la dominación romana hasta nuestros días*. Imp. Santiago Samanaque. Madrid, 1848.
- Adolfo de Castro: *Manual del viajero en Cádiz*. Cádiz, 1859.
- Pedro de Madrazo: *España, sus monumentos y su arte. Sevilla y Cádiz*. Barcelona, 1884.
- Otto Schubert: *Geschichte der Barok in Spanien*. Paul Neff Verlag. Esslingen a.N. 1908.
- Pelayo Quintero Atauri: *Historia de Cádiz*. Cádiz, 1928.
- Pablo Gutiérrez Moreno: *La cúpula de Vicente Acero para la catedral de Cádiz*. Archivo Español de Arte. Tomo IV. Madrid, 1928.
- César Pemán Pemartín: *El arte en Cádiz*. Madrid, 1930.
- Enrique Romero de Torres: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Cádiz (1908-1909)*. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Madrid, 1934.
- Juan de Contreras y Ayala, Marqués de Lozoya: *Historia del Arte Hispánico*. Tomo IV. Salvat Ed. Barcelona, 1945.

- Luis Monreal y Tejada: *Las cien mejores obras de la arquitectura española*. Ed. Selecta. Barcelona, 1945.
- Bernard Bevan: *Historia de la arquitectura española*. Ed. Juventud. Barcelona, 1950.
- Fernando Jiménez-Placer y Suárez de Lezo: *Historia del arte español*. Tomo II. Ed. Labor. Barcelona, 1955.
- Marcel Durliat: *L'Architecture espagnole*. Ed. Privat. Toulouse, 1966.
- Christian Norberg-Schulz: *Arquitectura barroca tardía y rococó*. Ed. Aguilar. Madrid, 1973.



Cádiz. Catedral.



Cádiz. Catedral.



Cádiz. Catedral.